

From the desk of our Pastor

Our Experiences should make us long for heaven

When we consider the possibility of heaven or hell, we should imagine something real. Heaven seems so distant that we don't give it too much consideration. Hell seems so horrible that we prefer to simply ignore its possibility. I would like to consider in this bulletin article a notion of heaven and then the opposite reality of hell. If we thought more realistically about these two possible futures, we would certainly strive more eagerly to attain heaven and we would never delay the sacrament of confession, but we would rather run to the sacrament of forgiveness in order to secure the grace of salvation.

What will heaven be like? When we arrive at the shores of heaven every wound will be healed. Our sins will not only be forgiven, but they will have no negative effect whatsoever. In fact, our sins and wounds will be a cause of rejoicing. When we are in heaven and we consider our sins and hurts, they will be a cause of constant rejoicing. We will see in heaven that both our sins and our wounds were instrumental in ushering us to heaven. They will cause us to glorify the mercy of God. We will understand perfectly how "all things work for the good for those who love him" (Rm 8:28). In heaven there will be no embarrassment or shame. It is hard to imagine, but in heaven we will not suffer memories of shame because we will see how our sins became a source of mercy.

Further, in heaven, we will rejoice in the memory of God's grace in our lives. We will see each moment when God showered us with grace, and we will thank him for his tender care. We will understand that we arrived at heaven by the authority of his grace. And we will understand how feeble our efforts were in relation to the abundance of grace which brought about our salvation. The words of St. Paul will echo forever in our hearts: "Eye has not seen nor ear heard nor has the human heart conceived, what God has prepared for those who love him" (1 Cor 2:9). We should think often of heaven in order to foster hope while we live in this valley of tears.

On the other hand, what will be the experience of hell? In short, everything that would cause us joy in heaven will cause deeper shame and regret in hell.

The evil spirits will mock us for our sins. They will taunt us for believing their stupid lies. Their mockery will be a torture to us because we will see how wrong we were to believe them while on earth. We will see the prize of heaven that was available to us, but which we lost through our own choice. We will regret forever the psaltery trifles that we chose to place above our God. We will be aware of the abundant grace that God showered into our lives, but which we chose to ignore. Our wounds and sins will cause us untold regret. All the hurts that others caused us in life - instead of being healed by grace - will fester within us and cause anger and resentment to multiply forever in our hearts. Whereas heaven will be void of shame and embarrassment, in hell our shame will be unending.

While in heaven we will rejoice in God's mercy, in hell we will rage in anger against ourselves for wasting all the grace that was available to us. We will see that God offered us constant opportunities for repentance. We will see the marvelous abundance of grace and our own hardness of heart. We will understand perfectly that only we are responsible for our choice. We will understand how ardently God tried to save us and how we stubbornly refused his mercy. And we will weep.

In heaven all pain and sorrow will be turned to joy; contrarily, in hell all joy will be turned to sorrow. It is good for us to think of the joys of heaven and the great sorrows of hell so that we will never be afraid to repent. If you are in need of the holy Sacrament of confession, do not wait another day. Rather, run to confession for the hope of salvation in Christ's holy name, because God is mercy itself.

Peace,

Fr. Dave

## *Nuestras Experiencias deberían hacernos añorar el Cielo*

Cuando consideramos la posibilidad del cielo o del infierno, debemos imaginar algo real. El cielo parece tan lejano que no le damos demasiada importancia. El infierno parece tan horrible que preferimos simplemente ignorar su posibilidad. Me gustaría considerar en este artículo del boletín una noción del cielo y luego la realidad opuesta del infierno. Si pensáramos más realísticamente en estos dos futuros posibles, ciertamente nos esforzamos con más afán por alcanzar el cielo y nunca retrasarían el sacramento de la confesión, sino que más bien correremos al sacramento del perdón para conseguir la gracia de la salvación.

¿Cómo será el cielo? Cuando llegemos a las orillas del cielo toda herida será curada. Nuestros pecados no sólo serán perdonados, sino que no tendrán ningún efecto negativo. De hecho, nuestros pecados y heridas serán motivo de regocijo. Cuando estemos en el cielo y consideremos nuestros pecados y heridas, serán motivo de constante regocijo. Veremos en el cielo que tanto nuestros pecados como nuestras heridas fueron fundamentales para llevarnos al cielo. Nos harán glorificar la misericordia de Dios. Entenderemos perfectamente cómo “a quienes lo aman, todas las cosas les ayudan a bien” (Rm 8,28). En el cielo no habrá vergüenza ni vergüenza. Es difícil de imaginar, pero en el cielo no sufriremos recuerdos de vergüenza porque veremos cómo nuestros pecados se convierten en fuente de misericordia.

Además, en el cielo nos regocijamos en el recuerdo de la gracia de Dios en nuestras vidas. Veremos cada momento en el que Dios nos colmó de gracia y le agradeceremos por su tierno cuidado. Comprenderemos que llegamos al cielo por la autoridad de su gracia. Y comprenderemos cuán débiles fueron nuestros esfuerzos en relación con la abundancia de gracia que produjo nuestra salvación. Las palabras de San Pablo resonarán para siempre en nuestros corazones: “Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano concibió, lo que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor 2,9). Deberíamos pensar a menudo en el cielo para fomentar la esperanza mientras vivimos en este valle de lágrimas.

Por otra parte, ¿cuál será la experiencia del infierno? En resumen, todo lo que nos causaría alegría en el cielo causará vergüenza y arrepentimiento más profundos en el infierno. Los espíritus malignos se burlarán de nosotros por nuestros pecados. Se burlaron de nosotros por creer sus estúpidas mentiras. Su burla será una tortura para nosotros porque

veremos cuán equivocados estábamos al creerles mientras estábamos en la tierra. Veremos el premio del cielo que estaba disponible para nosotros, pero que perdimos por nuestra propia elección. Nos arrepentiremos para siempre de las bagatelas del salterio que elegimos poner por encima de nuestro Dios. Seremos conscientes de la gracia abundante que Dios derramó en nuestras vidas, pero que decidimos ignorar. Nuestras heridas y pecados nos causarán un arrepentimiento indecible. Todas las heridas que otros nos causaron en la vida – en lugar de ser sanadas por la gracia – se pudrirán dentro de nosotros y causarán que la ira y el resentimiento se multipliquen para siempre en nuestros corazones.

Mientras que en el cielo no habrá vergüenza ni vergüenza, en el infierno nuestra vergüenza será interminable. Mientras que en el cielo nos regocijamos en la misericordia de Dios, en el infierno nos enojamos contra nosotros mismos por desperdiciar toda la gracia que estaba disponible para nosotros. Veremos que Dios nos ofreció constantes oportunidades de arrepentimiento. Veremos la maravillosa abundancia de la gracia y nuestra propia dureza de corazón. Entenderemos perfectamente que sólo nosotros somos responsables de nuestra elección. Comprenderemos cuán ardientemente Dios trató de salvarnos y cómo nosotros obstinadamente rechazamos su misericordia. Y lloraremos.

En el cielo todo dolor y tristeza se convertirá en alegría; al contrario, en el infierno toda alegría se convertirá en tristeza. Es bueno para nosotros pensar en los gozos del cielo y en los grandes dolores del infierno para que nunca tengamos miedo de arrepentirnos. Si necesitas el santo Sacramento de la Confesión, no esperes ni un día más. Más bien, corre a confesarse por la esperanza de la salvación en el santo nombre de Cristo, porque Dios es misericordia misma.

Con Paz,

Padre David Kime